

MASCULINIDADES ALTERNATIVAS AL MACHISMO: UNA DERIVACIÓN DEL CAMBIO CULTURAL.

ALTERNATIVE MASCULINITIES TO MACHISMO: A DERIVATION OF CULTURAL CHANGE.

Rafael Montesinos Carrera*

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar las posibles masculinidades que emergen a causa del cambio cultural que se viven en los países occidentales a partir de los años sesenta. Se trata de descubrir tanto las identidades masculinas que fueron invisibles en la interpretación del feminismo, así como las identidades que surgieron al paso de la modernidad en sociedades como la mexicana, y que representan un evidente distanciamiento del estereotipo tradicional del ser hombre (el 'macho' característico de sociedades latinoamericanas).

Palabras Clave: Masculinidades, machismo, feminismo, modernidad.

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyze the possible masculinities that emerge as a result of the cultural change that merged in Western countries since the sixties. It is about discovering both male identities that were invisible in the interpretation of feminism and the identities that emerged in step with modernity in societies such as Mexico, which represent a clear departure from the traditional stereotype the man (the 'macho' characteristic of Latin American societies).

Key words: Masculinity, machismo, femininity, modernity.

I. INTRODUCCIÓN

Ya ha corrido medio siglo, cuando menos, si no es que seis décadas del momento en que se generó el cambio cultural con el que la Modernidad avanzó una etapa más en su rumbo civilizatorio. El mundo se ha transformado

* **Rafael Montesinos Carrera**, Sociólogo, Doctor en Ciencias Antropológicas profesor-investigador, UAM-Iztapalapa. Maestro en Economía y Política Internacional, Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Mail: moca@xanum.uam.mx

radicalmente al grado de considerarse a la *incertidumbre* como la característica principal de nuestros tiempos. El *incesante cambio* ha sido alentado por el papel que juega la tecnología estrechando “mundos” que anteriormente se desconocían.

La comunicación se ha constituido, así, en el principal motor de la Modernidad, al grado que a veces se olvidan cambios sociales que son parte de la dinámica propia del mundo actual. En esa condición se encuentran, según mi interpretación, los cambios registrados en el terreno de la relación de los géneros. Por lo tanto, los cambios registrados tanto en el espacio privado como el público, no derivado del papel que juega la tecnología mediática, sino del cambio cultural que provocó la emergencia de nuevas identidades femeninas y masculinas, a partir de los años sesenta. Del cambio que provocaron las nuevas prácticas sociales que impusieron hombres y mujeres que se distanciaron de las identidades tradicionales del *ser hombre* y *ser mujer*.

No obstante, el impacto del cambio cultural parece atenuado por una suerte de resistencia de las especialistas en estudios sobre la mujer, que bajo la influencia de la herencia feminista continúan considerando como paradigma objetos de estudio que parten del principio de que en las relaciones mujer-hombre, la primera ha sido, es y será *víctima*; y el segundo, ha sido, es y será *victimario*.

Ello ha provocado, primero, la dificultad para aquellas especialistas que tienen como objeto de estudio a mujeres que distan de ser víctimas de la sociedad patriarcal y sus resabios, sobre todo cuando se hace evidente el hecho que la mujer accede al poder y que pueda, en caso extremo, aparecer como *victimaria*. Segundo, que de la misma forma, ese paradigma en los estudios de la mujer (*mujer-víctima*) también presente resistencias más políticas que teóricas ante los estudios de la masculinidad, sobre todo si se trata de sacar a luz lo que podríamos señalar de manera general como *crisis de la masculinidad* (Montesinos, 2002). En concreto, yo había propuesto una balance acerca de las contingencias, todas ellas intelectuales, que enfrentaban de por sí los estudios de las masculinidades (Montesinos, 2005) pero en dicha oportunidad omití, porque no lo alcanzaba ver con la nitidez que hoy lo veo, dos elementos que son sustanciales también para comprender esa suerte de rechazo a estudiar identidades masculinas diferentes a

la del victimario. Hoy aprovecho para referirme a ellas: 1) los estudios sobre la homosexualidad-homofobia, y 2) el manejo superficial que hacen los medios de comunicación sobre el cambio cultural y las nuevas identidades genéricas, fundamentalmente, las relacionadas con otras masculinidades.

Se trata, entonces, de dos posiciones en el terreno de los estudios sobre los géneros, uno, que tiene una interpretación parcializada sobre el cambio cultural, por lo cual reconoce el predominio de la identidad masculina tradicional y su contraparte femenina (*victimario-víctima*); dos, aquellos que identifican significativas identidades tanto femeninas como masculinas, visiblemente alejadas de los estereotipos que todavía alimenta la Tradición, y que por tanto aceptamos sin regateos la materialización del cambio cultural.

En la segunda posición que desde luego comparto, se encuentran trabajos como el de Elisabeth Badinter, *Fausse Route* (2003); Alain Touraine, *Le monde des femmes* (2007), Marvin Harris, *La cultura norteamericana contemporánea* (1984); el libro de Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber* (2000), aunque se contraponen a conclusiones que el mismo había ofrecido en la *Tercera dama* (2002); entre muchos otros.

En ese mismo sentido, es que va referido este artículo donde presentaré ejemplos de masculinidades encontradas en el trabajo de campo y que según mi interpretación, explican el cambio cultural que vive el mundo contemporáneo. Así se trate del *mundo occidental* en el caso de países modernos y premodernos, en este segundo caso, sociedades como la mexicana.

II. LA FUNCIÓN DE LA IDENTIDAD.

Parece inevitable tratar el tema de la cultura sin recurrir a la cuestión de la identidad, y viceversa. Ello obedece a que tanto una como otra, expresan elementos de carácter material y subjetivo que comparte un grupo de personas. En ese sentido, es muy sugerente la idea que sobre la cultura tiene Parsons (1960): *la cultura se aprende, se comparte y se transmite*. La primera cuestión alude a la etapa del *proceso de socialización* al que se somete a cada individuo, la segunda, al hecho que la cultura genera comunidad, pues existe algo

profundamente significativo para un grupo social o pueblo; y la tercera, que se trata de un complejo proceso que perdura en un lapso considerable del tiempo.

De tal manera que la cultura salvaguarda el orden que garantiza la reproducción de una sociedad o grupo social definiendo los valores, principios, formas de ver el mundo, conductas, expectativas de vida, etc., que comprometen a los individuos al garantizar el *sentimiento de pertenencia*. Visto así, uno de los efectos que produce la cultura como garante del *orden establecido*, es la aceptación de los papeles que los diferentes miembros de una sociedad han de desempeñar tanto económica, política y socialmente. De ahí que una de las principales funciones de la *cultura sea fungir como elemento cohesionador de la sociedad*, asignando roles a los individuos, esto es, lugares a ocupar por los individuos en ese amplio y complejo conjunto de estructuras que dan forma a una sociedad (Berger & Luckmann, 1968).

En esa misma vertiente, una definición de la identidad como conjunto de elementos materiales y simbólicos que permiten a los individuos reconocerse como parte de un grupo social, representa ante todo, el compromiso que tienen los individuos por saberse parte de una raza, una clase social, o un género. Ese sentido de pertenencia es el que propicia en el individuo la certidumbre, la seguridad que requiere en su proceso de construcción de la personalidad, pero también, la identidad es una forma de distinguirse de los otros. De tal forma este compromiso supone, en determinado momento, que los miembros de una sociedad sacrifican sus impulsos animales en beneficio de la colectividad. Y esa contradicción, entre naturaleza y cultura, es lo que, en última instancia, provoca un conflicto individual o colectivo. Por ello es fundamental reconocer el carácter coercitivo de la cultura, que Freud consideró como el *malestar de la cultura*.

Esto nos permite considerar que en general la cultura, y en particular el cambio cultural, pone a prueba la condición dual que se dirime entre el *efecto protector* que propicia la identidad, y el *conflicto que genera en la personalidad de los individuos*, hombres o mujeres, el cumplir con el rol que asigna la cultura. En ese sentido, la estabilidad de los individuos dependerá del equilibrio de estos dos aspectos, cuestión de capital importancia cuando la identidad se somete a la

retroalimentación social, lo cual confirma la dependencia social que tienen los individuos, y evidentemente también requiere, aparte de su necesidad de *autoconfirmarse* a sí mismo y recibir la retroalimentación de los miembros de su mismo género; esto es, confirmar su identidad a partir de la percepción de la *otredad: del género femenino*. De ello es importante considerar que las mujeres, cuyo perfil-conducta ha roto con el estereotipo tradicional de su género, rechazarán todo aquel rasgo de la masculinidad que atente contra su integridad moral o física.

III. EL PAPEL CULTURAL DEL TRABAJO

Una de las actividades más importantes de la humanidad, después de la reproducción, es el trabajo. De tal manera que la función que el trabajo tiene en la definición de los roles que la cultura asigna a los miembros de la sociedad, es fundamental. Es por ello que una de las estructuras más importantes de la sociedad moderna sea, precisamente, la división social del trabajo, que en la lógica del género es planteada como *división sexual del trabajo (en adelante DST)*. Y en la medida que desde la génesis de la modernidad capitalista la *DST* definió tanto los roles económicos como los espacios sociales que correspondían a cada género. *Esta estructura se constituyó en el principal emblema del poder masculino*, puesto que dicha asignación en la estructura económica determinó que a la mujer se le confinara en el espacio privado, mientras al hombre se le asignaba el espacio público. A la mujer el *trabajo no remunerado* y al hombre el *remunerado*.

Ello conlleva, a definir la posición de poder, *la división sexual del trabajo*, en todo caso, determinó que al hombre se le asignara la característica de *proveedor*, y por tanto, el agente de la pareja y la familia que garantizara el acceso al dinero, fuente elemental del poder masculino sobre la mujer. La cuestión es que cuando la mujer irrumpe en el mercado de trabajo, se encuentra automáticamente en la vía correcta para alcanzar su independencia, pues, poco a poco, *arrebata el papel de proveedor exclusivo del hombre*. A partir de estos hechos las identidades se

trastocan, pierden la claridad que el pasado permitía establecer en cuanto a la perfecta diferencia entre hombres y mujeres.

De hecho, si aceptamos como premisa la *crisis de la masculinidad*, es pertinente considerar que la propia dinámica de la realidad social propicia la transformación de las estructuras, la transformación de la sociedad misma, de la economía, la política y la cultura, independientemente de la asimetría del movimiento estructural. De la misma manera, y en la medida que la identidad depende de las estructuras sociales, ésta entra en un proceso de transformación que provoca la emergencia de mujeres que en términos de lo que representan, chocan con los símbolos de la *tradicción (una identidad femenina basada en el papel madre/esposa)*; con lo aceptado culturalmente. Ubicándose en un punto en el cual serán blanco de la coerción cultural y de la *estigmatización*, no solamente ellas, sino también sus parejas. Ellas censuradas por “*trabajar y no cuidar como se debe a los hijos*” y él por “*mantenido*”, por requerir de la participación económica de su pareja, por ser incapaz de ser el *proveedor exclusivo*. Ese solo hecho, el que la mujer hubiese incursionado en el mercado de trabajo, representa el inicio del fin de la *división sexual del trabajo* (DST), pero también la reconfiguración del espacio privado fundado en la figura de la *familia nuclear*. Esta es la causa más visible de la fisura en la estructura del poder masculino.

Ese cambio estructural que promueve la emergencia de nuevas identidades genéricas, no necesariamente debe atribuirse al movimiento feminista, como ya había apuntado Marvin Harris (1984) al analizar a la cultura norteamericana contemporánea, situación que confirma también una idea de Connell:

Los cambios masivos en las proporciones de empleo de mujeres casadas se daban en los países industriales aún antes de que surgiera el movimiento de liberación de las mujeres; el cambio en la práctica heterosexual ya era un hecho, considerando el aumento en la seguridad de los anticonceptivos; y la estructura de las familias cambiaba debido a mayores esperanzas de vida, al

aumento del número de divorcios y el descenso de la fertilidad
(Connell, 2003, p. 304).

Esta idea, nos permite ubicar la importancia que tiene el que la mujer se incorpore al mercado de trabajo, pues esto no solo se reduce a que la independencia económica posibilitaría la autonomía de la mujer, sino al hecho que al irrumpir en el mercado, provoca la ruptura total de la DST, pues su identidad dependiente del rol económico y del espacio que ocupaba, determinó la erosión de la *familia nuclear* que gira en torno a los papeles asignados culturalmente a hombres y mujeres. Ya no cabe duda que van surgiendo nuevas identidades genéricas ¿pero qué pasa con la identidad masculina?

Este complejo proceso de cambio cultural, que por cierto refleja una dinámica mucho más tortuosa que el de la economía y la política, nos obliga a reconocer sin más, que han surgido *nuevas identidades femeninas, caracterizadas por el acceso de las mujeres al poder*. La mujer, entonces, comienza a identificarse a partir de los nuevos roles sociales que va desempeñando en las últimas décadas: si antes se dedicaba exclusivamente a la familia, en adelante aparecerá como un sujeto con un proyecto de vida propio. Este fenómeno, cada vez más manifiesto, adquiere una importante significación no por su condición estadística, que en sociedades como la mexicana puede ser todavía minoritaria, sino por su *cualidad simbólica: la mujer moderna*.

Evidentemente este fenómeno de cambio cultural, de *resignificación de la identidad femenina*, supone un impacto en la *otredad*. El primero de ellos es que esa nueva identidad representa el inicio del proceso de *deslegitimación de poder masculino*, la pérdida del control sobre las *principales fuentes del poder masculino*: su papel de *proveedor*, determinado por la DST; su *fortaleza*, que determina su carácter de protector; y su *racionalidad*, que explica el porqué se le atribuye a los hombres la inteligencia que les permite ser exitosos.

En la medida que las mujeres cumplen con nuevos roles sociales, por tanto, nuevas formas de pensar, nuevas formas de relacionarse con su mismo género y con el masculino, se van estableciendo nuevas formas de negociación entre

mujeres y hombres. El varón se ve cuestionado, compelido. La *nuevas identidades femeninas* representan la contradicción de la necesidad que tienen los individuos de reconfirmar permanentemente su identidad. Por lo cual el hombre pierde la certidumbre que le confería su identidad genérica en el marco de una Tradición que salvaguardaba los “privilegios” masculinos. Cada vez más comienza a vivir una contradicción entre lo culturalmente aprehendido y una práctica cotidiana que le hace saber que la mujer está lejos de ser inferior a él. Comienza a sentir el *malestar de la cultura*, el peso de cumplir un rol social que lo ha obligado a contener sus sentimientos, a ocultar sus miedos, su frustración. Este preámbulo nos permite reconocer que se están construyendo nuevas formas de expresión de una masculinidad que renuncia al despotismo del patriarcado, y por tanto, que se recrean en la posibilidad de construir relaciones más igualitarias, más justas, más placenteras. Entonces ¿Cómo se van expresando las diferentes masculinidades? Sobre todo si una de las características de la *Modernidad* es el fenómeno del desempleo, lo que supone para todos, hombres y mujeres, una severa dificultad para mantenerse en el mercado de trabajo ¿qué efecto tiene en la persistencia de una masculinidad que basa su identidad en el poder que le concedía el hecho de ser proveedor?

Por último, respecto a la cultura y a la identidad genérica, cabe destacar que la superación de la *división sexual del trabajo* no solo promueve la emergencia de nuevas identidades, primero las femeninas, sino que el símbolo que en lo subsecuente representará la *mujer moderna* trastoca la identidad masculina de la *Tradición*, pues al desempeñar un trabajo remunerado *aparece también como proveedora*, rompiendo con el monopolio económico que el hombre ejerció en el pasado. Si ahora la mujer es racional, competitiva, emprendedora, ambiciosa, exitosa, valiente, etc., como lo manifestaron las 7 mujeres profesionistas, con edades entre los 26 y los 54, con las que se trabajaba en un grupo focal que discutía las diferencias entre los géneros.

Entonces ¿cómo se construye una identidad que permita al individuo reconocerse como parte de un género, pero al mismo tiempo distinguirse del otro? ¿Cómo apuntalar una identidad masculina que permita claramente distinguirse de

las mujeres, más allá de lo estrictamente biológico? Eso se resuelve, como sugiere Lipovetsky (2002), reconociendo que una de las características de la *Modernidad* se observa a partir de la disolución de las diferencias entre hombres y mujeres. De hecho, llamó la atención que 5 de esas 7 profesionistas expresarán que uno de los rasgos que las distinguía como mujeres, era *el ser violentas*. Prueba de que las nuevas identidades genéricas se han trastocado, lo cual provoca cierto grado de confusión social.

En ese sentido va el siguiente apartado donde se intentará dar forma a las *tipologías modernas de la masculinidad*.

IV. LAS TIPOLOGÍAS DE LA MASCULINIDAD

Parecería ser que la *Tradicición* nos ofrece una sola interpretación de la identidad masculina, que en su condición patriarcal proyecta simbólicamente la imagen del hombre a partir de la superioridad sobre la mujer, y que en la versión benévola de la masculinidad, hace aparecer al hombre como proveedor y protector de la familia. De ser así, es muy probable que sea el feminismo, como movimiento contracultural, el que nos abra la *posibilidad de reconocer las primeras tipologías de la masculinidad*; pues en todo caso la manera que trató la condición social de las mujeres, como víctimas del abuso del poder masculino, rechazaba o al menos ignoraba la *versión benévola* que nos ofrecía la *Tradicición*, destacando la expresión negativa de la masculinidad: *el machismo*. Entendiendo como machismo la exaltación de la superioridad de hombre sobre la mujer, lo cual da la pauta para comprender el ejercicio despótico del hombre que subyuga y arremete contra la mujer, colocándola, en efecto, en un papel de víctima.

Por otra parte, el estereotipo masculino que proyecta la cultura en el contexto de la *Tradicición*, supone la aceptación colectiva de este estereotipo que será el referente para ejercer el papel coercitivo de la cultura. De tal forma que aquellas formas de expresión de la masculinidad, y desde luego de la feminidad, que no cumplieran con lo culturalmente establecido, serán reprimidas a partir de la *estigmatización*.

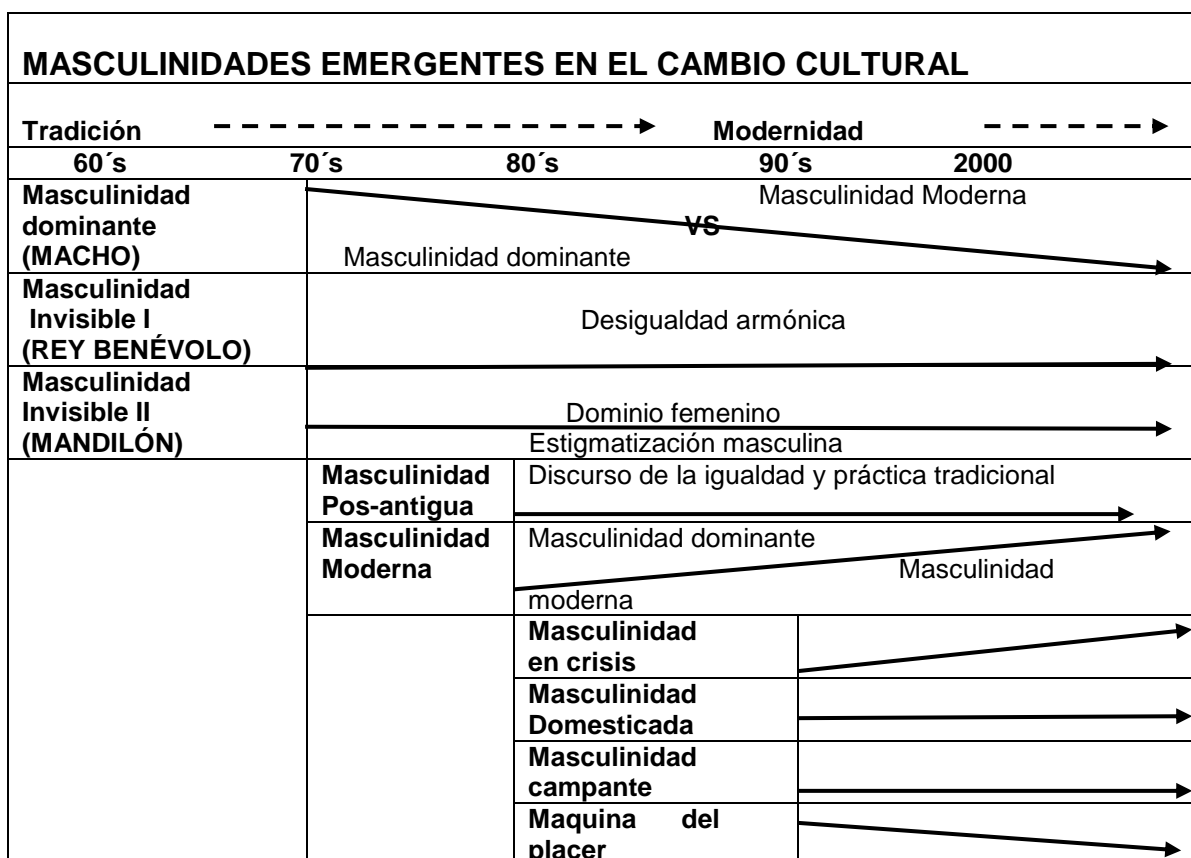


Figura 1. Masculinidades emergentes en el cambio cultural.

Fuente: Montesinos, R. & Carrillo, R. (2010).

Montesinos & Carrillo (2010) en “*Cambio cultural y masculinidades emergentes*” señalan que en la sociedad mexicana, el caso del *mandilón*, normalmente considerado aquél que a pesar de cumplir con su papel proveedor, no ejerce el control sobre su mujer, no la somete de forma alguna. Tipología que adquirió materialidad a partir de la presencia de hombres que ejercían su masculinidad sin imponer su poder a los demás, ni a la mujer ni a los hijos. Era el estereotipo, del hombre desvalorizado por el solo hecho de manifestar sus sentimientos, rasgo más identificado en el pasado con el género femenino que con el masculino.

Visto así, entonces, la *Tradición* con la cooperación del feminismo, nos heredan tres tipologías: el *rey benévolo*, el *macho* y el *mandilón*. Un ejemplo del menos analizado, el de una masculinidad sometida al poder de la mujer, es el

testimonio que una joven profesionalista de 26 años de edad, nos daba en un *grupo focal*, respecto a los modelos de masculinidad que le rodean:

Fernanda: Mi padre es el culpable de las cosas negativas que vivimos en mi casa. Es un cero a la izquierda, hace lo que mi mamá quiere. Para ella él es un tonto que no puede resolver absolutamente nada, que no toma decisiones.....Mi papá nunca comentó algo sobre mi mamá, pero considera que sus hijas son más inteligentes que su hijo, que somos exitosas y que mi hermano es “un mediocre que está al cuidado de mami”..... Por mi parte, tengo un novio muy comprensivo, me apoya en todo lo que yo hago, principalmente en mi carrera profesional. Nuestra relación es muy buena y normalmente nos vemos cuando yo tengo tiempo porque el todavía no tiene trabajo.

Una posible expresión de la tipología del *rey benévolo* está dibujada a partir de un varón que garantizando el mayor ingreso familiar, mantiene una actitud consciente con el rol que juega su pareja. Ello coincide en más de una forma, con la idea que Moore y Gillette (1993) tenían sobre la *masculinidad madura*, y que sin duda garantizaba en todo caso, una relación armoniosa entre el hombre y la mujer. Es el caso del testimonio que nos ofreció “Raúl”, un varón profesionalista, funcionario público de 53 años, que participó en un grupo focal que discutía el tema de la masculinidad.

Raúl: En mi caso tengo una relación de igualdad con mi esposa, ella aporta el 25% del ingreso familiar, pero lo importante es que ella realiza actividades fundamentales para nuestra familia, además que tiene una actividad laboral que la llena como persona, y le permite cumplir esas actividades. Yo tengo un trabajo que me absorbe muchísimo tiempo y definitivamente requerimos de alguien que se haga responsable de las necesidades de la familia. En cuanto a las decisiones que se toman en la familia, las tomamos los dos, y los hijos saben que pueden recurrir para unas cosas al permiso mío o al de su mamá.

Como se puede observar, esta tipología heredada por la *Tradicción*, también podría representar en la actualidad una de las primeras manifestaciones de una masculinidad que rechaza al *machismo*. Que en todo caso, es obvio que el varón posee las *principales fuentes de poder* en la relación de pareja, sin embargo, está lejos de exaltar su superioridad, se muestra consciente de la función que familiarmente desempeña su pareja, y por tanto mantiene una actitud y una conducta de respeto hacia ella.

Como en este caso, donde de alguna forma se reproduce la tradicional DST, la condición de las relaciones propiciadas por un varón que reproduce su práctica genérica a partir de lo que intentamos definir como *rey benévolo*, y una mujer que todavía se apega a una identidad determinada por el rol de madre/esposa, está determinado por cierto nivel de conciencia por parte del hombre, lo que le permite la expresión de una *masculinidad madura* que, permite la reproducción de relaciones familiares más afectuosas, alejadas del ejercicio despótico del poder que caracteriza a la *figura del macho*.

La siguiente tipología que proponemos es la del *varón pos-antiguo*, es el caso del varón que tiene todas las condiciones para desempeñar el papel de proveedor, y que preferentemente espera que en su relación de pareja se reproduzca el ritual de las diferencias entre hombre y mujer, sin la actitud de incidir en conductas próximas al *machismo*. Se trata de varones prácticamente dependientes del papel que juega la mujer tradicional en el espacio privado, y que por tanto, buscan la comodidad y la certidumbre que les ofrecen mujeres que aún teniendo la calificación suficiente para mantenerse decorosamente en el mercado de trabajo, también buscan la protección (afectiva) de su pareja. Normalmente pueden mostrar un discurso muy consciente de la igualdad entre los géneros, donde se reconoce el derecho de la mujer a marcarse un proyecto de vida a seguir. En este caso tenemos el testimonio que nos ofreció “Manuel” en una entrevista donde tratamos las relaciones entre los géneros, un varón soltero, exitoso profesionalista de 40 años.

Manuel: *Yo estoy convencido de los derechos de las mujeres, de hecho me gustan las mujeres intelectuales que sean independientes*

económicamente, pero lo que sí, es que necesito que me hagan mis gelatinas, que me cuiden, que tengamos actividades juntos. La bronca es que yo no sé cocinar ni un huevo frito, así que necesito alguien que me comprenda porque a estas alturas del juego va a estar muy duro que aprenda lo que no hice en tanto años. Ya comeremos hamburguesas o saldremos a un restaurante. Yo tengo mucho trabajo, y no lo puedo sacrificar por actividades que no se me dan.

La posible expresión de la tipología que denominaremos el *varón en crisis*, es el caso de hombres que por las circunstancias que les impuso la crisis económica se ven confrontados por su pareja, provocando el caos en la relación de pareja, ya sea provocando el rompimiento o generando una relación cotidianamente conflictiva. Como ejemplo de esta tipología, *el varón en crisis*, tenemos el testimonio de “Roberto”, hoy de 61 años, un empresario venido a menos por cuestiones de una enfermedad que lo puso al borde de la muerte. Diez años atrás pasó dos años hospitalizado, los recursos reunidos hasta ese momento se fueron consumiendo y los recursos económicos que requería la familia lo ofrecía su mujer, una ama de casa convertida en intelectual (escritora) exitosa, que vendía lo que producía, y que por tanto ya garantizaba su autonomía respecto de “Roberto”. La cuestión es que conforme se fue haciendo más evidente la crisis económica y él no pudo colocarse decorosamente en el mercado de trabajo, la relación de pareja se fue diluyendo. Este es una parte del testimonio que “Roberto” nos ofreció para hablar de su historia.

Roberto: Cuando las cosas iban bien no tuve problema alguno con mi mujer, viajes, buenas comidas, fiestas...toda la comodidad del mundo. El problema empezó a raíz de mi enfermedad (leucemia). Todo fue cuestión que se acabara la lana y se acabó el amor, duramos un buen tiempo sin tener relaciones sexuales, todo se volvió reclamo, me pasaba cuentas del teléfono, la colegiatura de los hijos (dos: una mujer, 16 años, un varón, 22 años) se quejaba de la carcacha que teníamos, todo era bronca. Las cosas

se fueron acabando y de la relación no quedó nada, yo aguante casi cuatro años con esa situación porque la amaba y creía que yéndome bien las cosas volverían a ser como antes; pero conforme pasaba el tiempo ella se hacía más soberbia y me echaba en cara, a grito pelón y con mentadas de madre, que ella era la que mantenía la casa. No era que yo dejara de dar dinero, pero francamente era casi nada, la economía está del carajo, mientras ella se hacía cargo de lo básico y de sus cosas. Le fue tan bien que se compró un carro, y yo de a pata. Poco a poco se fue haciendo más claro que ya no había nada, pero aguantaba más solo por mis hijos, yo no les iba a dar un mal ejemplo, yo no me iba a arriesgar que ahora me reclamaran que había renunciado a la familia. Yo puse todo de mi parte pero las cosas no salieron bien. Como dice el dicho: “cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana.”

Se trata del caso de varones que la realidad social los obligó a modificar su conducta ante las mujeres, quienes tomando el reto de forjarse un futuro quedan en condición de rechazar el someterse al poder masculino, sobre todo si no existe razón objetiva para pensar que lo tengan. Son varones que viven el cambio cultural en total conflicto pues ya no cuentan con la identidad que la *Tradición* les ofrecía, en el cual por el solo hecho de ser hombres los hacía blanco “natural” de privilegios sociales. Evidentemente, se trata de varones que sufren su condición de subempleo o desempleo, y que culpan a “la suerte” por la crisis económica. Normalmente no tienen referentes para pensar de una manera que evite el inculparse por el fracaso, a veces ellos mismo ponen en duda su identidad masculina, pues se saben incapaces de colmar las características que la *cultura tradicional* exige para ser hombre de verdad.

El caso de la tipología del *varón domesticado* es aquella donde se ha aceptado una relación de igualdad porque simple y sencillamente han establecido relación con una mujer que al acceder a alguna forma de poder, controlan un recurso indispensable para ejercer legítimamente el poder: el dinero. Se trata de varones que al encontrarse en desventaja económica con su pareja, reproducen

las diferencias entre los géneros, pero colocando a la figura masculina en una situación de inferioridad, aunque sus ingresos sean suficientes para mantener una vida decorosa. Esta tipología de la masculinidad podría expresarse como una suerte de *sometimiento consciente*, en la medida que el varón reconoce los méritos de su pareja. Ya sea que éstos provengan por una carrera profesional exitosa que haya generado un ingreso lo suficientemente alto, como para tomar el control de las decisiones que se toman en la pareja, o por la capacidad emprendedora que coloque a la mujer como una empresaria exitosa. El poder que la mujer adquiere al controlar el recurso del dinero garantiza con su participación un *status quo* que coloca a la familia en un cómodo nivel de vida, que no podría mantener el solo ingreso del varón. Los méritos que la mujer hace en su carrera profesional le conceden todos los honores que la sociedad contemporánea ofrece a las personas que han alcanzado el éxito, ensombreciendo los avances que por su parte realiza el hombre.

Por otra parte, la misma desventaja en relación al poder, propicia, sin necesidad de explicitarlo, las condiciones para renegociar las relaciones entre los géneros, y el varón despojado de la posibilidad de imponer su voluntad en las decisiones significativas de la familia, queda “dispuesto” a participar en la reproducción del espacio privado. Esta desventaja es la que permite en el análisis sobre las relaciones de género, dar la relevancia que requiere al papel que juega el trabajo como elemento de poder.

Para ejemplificar la tipología del *varón domesticado* tenemos el testimonio que nos ofreció “Miguel”, profesionista de 48 años de edad, al tratar el tema de su relación de pareja en una entrevista ex profeso.

Miguel: *La relación con mi pareja es de igual a igual, yo la admiro mucho, hago públicos sus méritos de manera que los que la rodean no tienen dudas en hacer reconocimiento de sus éxitos. Y los dos resolvemos las cuestiones del hogar participando de igual manera, lo mismo cocino o hago limpieza, si es que no tenemos quien nos ayude, pues cuando contamos con sirvienta simplemente los dos nos descargamos de los*

trabajos de la casa. Lo que en todo caso hace diferencia con ella son los ingresos que percibimos uno y otro, en ocasiones he ganado la tercera parte de los ingresos que ella gana, a veces la mitad. En esa situación ni que discutir, ella siempre tiene la razón a la hora de decidir que vacaciones se toman, que vehículo se compra, que escuela se elige para las hijas, etc. No se pone a discusión quien tienen el poder, simplemente ella decide cómo utilizar su dinero. Diferente fue cuando emparejamos el nivel de ingresos, ella se quedó acostumbrada a decidir, y yo simplemente le decía que me gustaban sus opiniones pero que mi dinero lo iba a utilizar para tal o cual cosa. Ella no quedaba conforme pero de igual manera que comprendía que ella tenía el derecho a tomar las decisiones sustantivas, ahora yo tomaría, al menos las correspondientes a mis ingresos. Esa situación es lo que generó una mejor situación para negociar entre ella y yo. Antes quedaba claro que mi dinero era de los dos, y que el suyo, suyo seguiría siendo.

Como se puede observar, la igualdad de circunstancias en la pareja puede ser un elemento fundamental para crear una relación más equitativa entre hombre y mujeres. La desigualdad, siempre inclinará el fiel de la balanza del lado del que tenga mejor posición del poder.

Tenemos otra tipología que hemos denominado a partir del término *el varón moderno* y contempla a hombres muy representativos de la *Modernidad*, esto es, varones que sin lugar a ningún tipo de dudas, tienen la idea de la igualdad entre los géneros. Valoran a su pareja por el solo hecho de serlo, y están felizmente dispuestos a participar en todas las actividades que una familia requiere para su reproducción social. Es el caso del testimonio que ofreció “Adrián”, profesionalista de 46 años de edad, en un grupo focal que discutía sobre las diferentes formas de vivir la masculinidad.

Adrián: En mi caso existe una relación igualitaria, ganamos casi lo mismo, los dos nos hacemos cargo de las necesidades que tengamos, ya

sea que se trate de cuidar a nuestra hija, ya sea que se trate de hacer el mercado, o de las labores de la casa. Yo no tengo ningún problema en cocinar o planchar, así que nos organizamos fácilmente, de lo contrario no saldríamos adelante. Las decisiones de lo que se hace, lo que se gasta, todo....lo hacemos los dos, siempre en acuerdo.

Esta tipología se aproxima mucho a la idea de la *masculinidad madura*, la cual permite hacer uso de las facultades masculinas en beneficio de la pareja, se generan relaciones más libres de los prejuicios sociales, y se expresan libremente los sentimientos.

El caso de la tipología del *varón campante*, alude a la cómoda posición que tienen los varones por el avance de la *Modernidad*, es decir que se ven beneficiados por la presencia de las mujeres con poder, quedando en una situación de despreocupación respecto del papel económico que ellos juegan en la familia. Se trata del caso de varones que sus ingresos son poco significativos para la reproducción de la familia, sin que esto afecte su nivel de vida puesto que los ingresos de su pareja son más que suficientes para vivir cómodamente. Este tipo de varones no les preocupa mantener un trabajo, ni de hacer los méritos requeridos para mejorar sus condiciones laborales, igual y están dispuestos a colaborar en las tareas domésticas si es que se encuentran en el desempleo. No cuestionan el poder que ejerce su mujer pues eso no provoca una conducta recriminante hacia su persona. Ellos se conforman con decir, como "Germán", profesionalista de 38 años de edad: *gano poco pero no me presionan en ese trabajo, el día que se compliquen las cosas renuncio y, total, busco uno nuevo. Siempre hay un lugar donde empezar. Lo importante es que con mi mujer tengo una buena relación y las cosas marchan bastante bien, mis hijos no necesitan nada como para que yo tenga que soportar un trabajo que me quite el tiempo para atenderlos a ellos.*

Este tipo de varones normalmente están casados con profesionalistas exitosas y mujeres emprendedoras que resuelven fácilmente los problemas que se

le presentan a la familia. Sin embargo, valoran la compañía de un hombre que las quiera y las proteja. La mejor empresa para un *varón campante*.

La última tipología que presentaremos es la que denominamos con el mote *la máquina de placer*, es el caso de varones vertidos todo el tiempo a seducir a alguna mujer, cualquier mujer. Lo importante para ellos es lograr que las mujeres accedan a sus deseos sexuales, son el prototipo del seductor que dedica su cuidado y atención hacia la mujer que constituye momentáneamente el papel de la presa, cuyo reinado dura hasta que no caiga de la gracia de la *máquina insaciable de placer*. Como decía Octavio Paz, en la *Llama doble* (1993), es el prototipo de hombres que tienen una *insaciable hambre sexual*. Se trata de un tipo de varón beneficiado por el paso de la *Modernidad*, en cuanto a la liberación sexual de la mujer. Esto le ha ampliado sus posibilidades de estar más tiempo en la cama con alguna mujer de la cual se hartan cuando estas quieren pasar del sexo al amor, y del amor al matrimonio. Momento exacto en que hay que echarlas fuera de la cama. Normalmente estos hombres se vuelven con el tiempo, incapaces de mantener una relación sentimental pues esto los ata a una mujer. Por ello todo se reduce al intercambio sexual. Se trata de solterones o de hombres que han sentido cabeza, que no pueden mantener la calma en una relación matrimonial, pues les limita su necesidad animal de saltar de cama en cama. Es el ejemplo que obtenemos con el testimonio de “Federico”, profesionalista de 44 años de edad.

Federico: *Lo que pasa es que todas las mujeres tienen algo bonito, algo que te atrae. Pero lo que sí es que todas quieren estar en la cama, y siempre están dispuestas a pasarse un buen rato. No hay como salir al antro y luego llegar a casa y con toda tranquilidad despertarte al otro día. No tienes el problema de la rutina de una esposa, no. Salen, se arreglan, le echan ganas a la relación y te la pasas a toda madre. El problema es que muy rápido quieren formalizar la relación y entonces.... Las cosas dejan de funcionar de inmediato, y ni modo a buscar otra candidata que comprenda que el amor es cuestión de tiempo.*

Este tipo de varones viven la contradicción de probar su masculinidad, primero conquistando al mayor número posible de mujeres, sin mediar concepto alguno de belleza, pero también, añorando tener un hijo, y cumplir el soñado ciclo de vida que en este caso termina procreando ¿qué mejor forma de confirmar que se es un hombre?

V. CONCLUSIONES

Una forma de allanar la discusión sobre las identidades genéricas es discutir el impacto que tiene el *cambio cultural*, pues el debate respecto a la emergencia de nuevas identidades tanto femeninas como masculinas, están polarizadas por una perspectiva que continúa “denunciando” el papel de víctima que social y culturalmente ha jugado la mujer, sin considerar el avance de la *Modernidad*, y otra, que destaca la emergencia de una masculinidad que, sin estar todavía definida, parece decidida a renunciar a la masculinidad tradicional, aquella que supone la superioridad sobre la mujer.

Se trata, entonces, de reconocer el cambio gradual que las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, han sufrido en las últimas cuatro décadas. Y de aceptarse así, cuestionarnos si es posible pensar en el cambio cultural, en la transformación de la sociedad, y la persistencia de las identidades genéricas que caracterizaron a la *Tradicición*. Evidentemente, el problema es determinar el punto de avance del proceso del cambio cultural, y por tanto, reconocer una amplia gama de posibilidades de expresión concreta de dicho proceso. Tal diversidad, en todo caso, tiene que ver con la esencia de la cultura y, por lo tanto, de la especificidad de cada pueblo o grupo social al que nos refiramos.

En ese sentido, el choque cultural entre la *Tradicición* y la *Modernidad* que presume el proceso del cambio cultural, se expresa, inevitablemente, a partir de la coexistencia de formas simbólicas y prácticas sociales, haciendo depender la perspectiva de quien observa esa realidad social, del dominio de una u otra forma cultural. En todo caso, lo que es inobjetable, es que el cambio cultural es una realidad de fin y principio de siglo, condición por la cual se dice que la *Modernidad*, o la era de la globalización, se caracteriza precisamente por el *cambio incesante*,

por la *incertidumbre que provoca la dinámica de los cambios políticos, económicos y culturales*. De tal manera que la presencia del pasado a partir de identidades femeninas que todavía reproducen una posición subordinada; no quiere decir que las *nuevas identidades femeninas* solo sean una excepción y no producto del paso de la *Modernidad*. Viceversa, que la *Modernidad* presuponga la superación de formas despóticas del poder, cuando todavía se observan los excesos del poder masculino que somete despóticamente a la mujer.

La diversidad cultural, por tanto, se manifiesta con expresiones concretas de la reproducción social, en las cuales, dependiendo de la especificidad de cada una de ellas, podremos observar situaciones que hacen evidente la persistencia del dominio masculino, y otras donde sea posible el acceso de las mujeres al poder. Todo depende de la circunstancia concreta del proceso del cambio cultural. Sin embargo, no se puede perder de vista que la *Modernidad* en una de sus posibles expresiones aparece cuestionando el ejercicio autoritario del poder, sea en el espacio público o en el privado. En algunas sociedades, particularmente las avanzadas, el mismo marco del *Estado de Derecho* propicia una relación entre hombres y mujeres de una manera muy diferente a la que acontece en sociedades precariamente democráticas, por lo cual observamos la persistencia de muchas prácticas del pasado, como si la *Tradicición* se resistiese a ceder paso a la *Modernidad*. Por ello es pertinente recordar aquella idea con la cual Bell (1977) llamó nuestra atención sobre la profunda diferencia en los procesos de cambio de las estructuras económicas y políticas, por un lado, y las culturales, por el otro. Las primeras pueden registrar un cambio radical de un momento a otro, al grado de no dudar del paso de la *Modernidad*; la segunda, invariablemente presenta un paso tortuoso, en el cual las posibles incoherencias entre los símbolos y las prácticas, entre los discursos de los sujetos sociales y los actos, sugieren una dinámica mucho más compleja, y en ocasiones engañosa.

No obstante, consideramos irrefutable la transformación gradual de las identidades genéricas, ahora, en particular, el de la masculinidad, que sin necesidad de predominar en el contexto de las prácticas sociales, abre paso a la reformulación de nuevas formas de expresión de esa identidad. Aspecto que en

este ensayo fue tratado a partir de esbozar algunas tipologías que reflejan la presencia del pasado, pero sobre todo, el paso de la modernidad, y con ello la crisis de la masculinidad tradicional.

La primera conclusión tiene que ver con la irreductible relación entre cultura e identidad, pero sobre todo cómo las estructuras sociales determinan la forma que adquiere la identidad, a partir de prácticas sociales concretas. De tal manera que si hablamos de un cambio cultural necesariamente estamos esperando reconocer las nuevas identidades que subyacen en dicho proceso.

En esa misma perspectiva y considerando la interrelación existente entre la economía, la política y la cultura, planteamos que la estructura más significativa de la sociedad, es la proveniente de la *división sexual del trabajo*, y por tanto, la más significativa para definir la identidad tanto de hombres como de mujeres. Así que considerando el papel que juega en la *Tradición*, superada la *división sexual del trabajo*, inevitablemente se transforma la identidad de uno y otro género, porque en principio ésta *ya no excluye a la mujer del trabajo remunerado y rompe con el confinamiento de la mujer en el espacio privado*. Se diluye la figura de la *familia nuclear* y la *Modernidad* abre paso a nuevas formas de organización familiar, ya sea *matrifocales* o *patrifocales*.

En todo caso, el primer problema que el analista enfrenta cuando busca definir de la manera más pertinente la identidad masculina o femenina, se encuentra con que los propios hombres no encuentran diferencias que no sean las estrictamente biológicas que le permita consolidar su sentimiento de pertenencia, y que al mismo tiempo le permita distinguirse de las mujeres. Efecto del cambio cultural que ha diluido las diferencias entre los géneros.

Al intentar considerar específicamente la emergencia de nuevas identidades masculinas, se propuso una tipología lo más adecuada a la práctica cotidiana, que captara las diferentes formas de expresión de la masculinidad que se manifiestan en la actualidad. Estas son, las heredadas por la *Tradición* y el feminismo: el *rey benévolo*, el *macho* y el *mandilón*. Y, segundo, las masculinidades emergentes en el proceso de cambio cultural: el *varón pos-antiguo*, el *varón en crisis*, el *varón domesticado*, el *varón reflexivo*, el *varón campante* y la *máquina de placer*. La

presencia de estas tipologías demuestra la coexistencia de patrones de conducta de los géneros correspondientes al pasado, la *Tradición*, y las que caracterizan a la *Modernidad*, al tiempo socialmente nuevo.

Como se puede observar en los testimonios que hombres y mujeres ofrecieron en entrevistas o grupos focales donde se trataron cuestiones referidas a los géneros, resulta imposible negar que las identidades, tanto masculinas como femeninas, se han transformado a tal grado que hoy es posible distinguir las correspondientes a la *Modernidad* y a las del pasado. A pesar que en la actualidad características que anteriormente correspondían a los varones aparezcan como rasgos identitarios de las mujeres, y viceversa, como es el caso de la sensibilidad, que anteriormente correspondía al género femenino y hoy puede ser una característica del ser varón. Ello es posible, pues las identidades tradicionales se han trastocado y cada vez más, se hace evidente que las diferencias entre los géneros se van reduciendo a lo estrictamente biológico.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, E. (2003). *Por mal camino (1ª ed.) Fausse route*, Paris: Odile Jacob.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1968). *La Construcción Social de la Realidad*. Madrid: Amorrortu Editores.
- Conell, R. (2003). *Masculinidades*, México: PUEG/UNAM.
- Harris, M. (1984). *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Lipovetsky, Gilles. (2002). *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*, Barcelona: Anagrama.
- Montesinos, R. (2005). *Masculinidades emergentes*, M.A. México: Porrúa/UAM-I.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad, ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.
- Montesinos, R. & Carrillo, R. (2010). *Cambio cultural y masculinidades emergentes*. En línea en http://www.fazendogenero.ufsc.br/9/resources/anais/1277227142_ARQUIVO_MasculinidadesBRASIL.pdf
- Parsons, T. (1960). *El sistema social*, (2ª ed.) Madrid: Alianza Universidad.